

Inteligencia, política y manducatoria

En un mundo que se nivela a toda máquina por abajo, en que hasta los "rascas" se han puesto a escribir y a publicar ganando a menudo los primeros lugares del ranking de libros vendidos, a Enrique Lafourcade, haga lo que haga, costuras mayores o costuras menores, se le nota a simple vista el oficio.

Ello es inobjetable. A veces abusa un poco de sus privilegios de encantador de serpientes. Nada que tenga carácter humano escapa al demonio de su cosquilleo intelectual.

Boxeadores obsoletos, prescituas, solitarios excéntricos, ricos en decadencia, aventureros de poca monta, manfloritas notorios, bohemios desvenecados, ex luminarias del music-hall, poetas a medio filo o en perpetuo estado de cachondez integran su galería de esperpentos.

"Cuando los políticos eran inteligentes" (Planeta 1996) se llama el nuevo aporte de Enrique Lafourcade al desbroce de la cultura chilena.

Se trata, al parecer, del primer libro en que libra una batalla para demostrar que política e inteligencia son conjugables. Personalmente hablando, nos formamos en una atmósfera ácrata, altamente impregnada del discurso nihilista de Dostoievski, en que hablar de inteligencia y de política al mismo tiempo constituía una grave desinteligencia. Salvo el caso de los "servicios de inteligencia" consagrados a preservar de tropezos la institucionalidad política.

En otra época, en el aparato de Investigaciones la policía política era eso: policía política. Sus agentes eran conocidos con vastedad e



incluso con simpatía como "los guatones de la P.P".

Se supone que los gordos de antaño, por prescripción médica, hogaño han adelgazado.

De tanto afinar la hebra.

Lafourcade cree de veras que hubo políticos inteligentes. Cita ejemplos: Joaquín Edwards Bello, radical de hujo en 1912. Copia, a la letra: "Me hice radical el año 1912. En la revista *El Radical*, del 1.º de abril de 1914, No. 33, aparecí retratado bajo el epígrafe 'Intelectualidad Radical' junto a los ilustres radicales don Ramón L. Carvallo y don Manuel J. Barrenechea". Conforme a la página en que se inserta esta noticia, los ínclitos Víctor Domingo Silva y Ángel Custodio Espinoza aparecieron en la inscripción de Joaquín Edwards Bello en el libro becerro del radicalismo. "La sede del partido se encontraba entonces en un piso del Pasaje Balmaceda, en la calle del Estado, donde ahora se encuentra el cine Astor".

En los días en que los políticos brillaban por su inteligencia, en opinión de Lafourcade, alcanzaba gran esplendor el arte de la manducatoria. ¿Y cómo no? El francés Anthelme Brillat-Savarin (1789-1826), eminencia en materia de derecho, diputado en los Estados Generales de 1789 y secretario del Estado Mayor de los ejércitos republicanos bajo el Directorio, fue, amén de gastrónomo admirable, autor del tratado por excelencia de la manducatoria, su célebre "Fisiología del gusto", impulsor vehemente de la instalación de clubes radicales. Radical de tomo y lomo, por supuesto, él mismo.

En Chile, dice Lafourcade, cuando la política obedecía a los designios de la inteligencia, con el auspicio visible del búho de Minerva, que como se sabe, es ave nocturna, solía comerse a dos carrillos. Un radical nostálgico le confiesa lo siguiente al autor del libro: "En Portugal al llegar a Diez de Julio estaba el mejor de todos los Clubes radicales de Chile. Especializado en casada de orejas de cerdo a la vinagreta y en cocimientos de cabezas de chancho al estilo Matadero y en causeos de patitas que se hacían con manos de cerditos nuevos, gelatina pura, manos rosadas con su salsa verde de cebollita nueva y ajo y chilotas picadas y cilantro a discreción y vengan las fuentes de pebre y las sopaipillas calientitas. Con decirle que nos hacíamos sanguches de sopaipillas..."

Se emociona también hasta las lágrimas el autor con el inventario de las horas, o los meses, o los años, en que existió una "Izquierda exquisita": los radicales Marcelo Ruiz Solar, Alfredo Dubalde Vásquez, Benjamín Claro Velasco. Este último de hongo o "bowler" inglés. "Alto, delgado, perfecto en sus atuendos", lo divisa Lafourcade. Delgado, elegante, pero no alto, lo recordamos nosotros. Gentleman, eso sí. Ministro de Educación del gobierno de Juan Antonio Ríos. Predicaba con el ejemplo. Escribía mensualmente, de su puño y letra, unos mensajes a profesores y educandos. Evocamos el texto de "Maderos a la deriva".

Entre los grandes políticos de otrora, Abraham König, radical, diputado, cónyuge, pero más tentado que el marqués de Bradomin, escribió un diario íntimo digno de un Casanova de la política. Admirable a todas luces. Las mejores payas las



ESCRITOR Enrique Lafourcade.

hizo otro político surgido de la buena mesa: don Emiliano Figueroa Larraín. Y de los "naïves", cazurros y picanos, Lafourcade rescata a don Ramón Barros Luco. Véanse algunas de sus observaciones, algunos de sus consejos:

-Ya comprenderán que a mis años prefiero ser sorpresa para una soltera que desengaño para una viuda.

-Firmen todo lo que quieran. Después veremos aquí lo que conviene ratificar. (Instrucciones a delegados de Chile a una conferencia internacional).

Poetas ventripotentes como Pablo Neruda y Pablo de Rokha tuvieron ocasión de conocer de cerca los lazos que ligaron estas tres formas de sobrevivencia del hombre: inteligencia, política y manducatoria.

Inteligencia, política y manducatoria [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Inteligencia, política y manducatoria [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile